
La unión monetaria: vía abierta a la implantación del euro

*Joan Clavera **

Arbor CLXXII, 678 (Junio 2002), 255-268 pp.

Introducción: La complejidad del fenómeno monetario

La transición a una sola moneda, sin problemas aparentes, de 12 países encierra un sinfín de nuevas cuestiones que tanto para los expertos, como para los no especialistas del tema, obliga a un nuevo enfoque que no es fácil de precisar.

Una primera advertencia se impone: el hecho de que cerca de 300 millones de personas utilicen el euro a diario viene precedido de tres años de funcionamiento mas que notable del euro financiero y que nos remite al verdadero meollo del problema: el hecho incuestionable que desde primeros de Enero de 1999 existe una sola autoridad monetaria para los países de la llamada eurozona –el Banco Central Europeo– y que –después de la incorporación de Grecia en Enero de 2001– representan la totalidad de países de la UE con la excepción del Reino Unido, Dinamarca y Suecia.

Es mas seria inútil insistir en que todo lo que ahora vivimos seria incomprendible sin los éxitos y fracasos del Sistema Monetario Europeo (tanto en su primera versión de 1972 a 1979 con la llamada «serpiente monetaria» con la flotación conjunta contra el dólar y las bandas de fluctuación, como en su segunda versión de 1979 a 1999 con el ECU y el mecanismo de regulación de cambios como ejes del sistema. Por supuesto sin la voluntad política y la tenacidad personal de figuras como el que fuera eminente Presidente de la Comisión Jacques Delors nada de esto hubiera sido posible.

En las líneas que siguen se intentará poner de relieve aquellos aspectos que van más allá de la pura percepción de los aspectos físicos de la introducción de la moneda única.

A menudo, nos olvidamos del verdadero por qué de una autoridad monetaria única. Sin duda es por pura coherencia con el afán de conseguir un verdadero mercado común, una vez el paraguas protector de Bretton Woods y el régimen de tipos cuasi fijo con el dólar saltó hecho pedazos en el año 1971 como consecuencia de los avatares políticos, económicos y militares de los Estados Unidos.

En otras palabras, antes de 1971 las incidencias del régimen de cambios sobre el mercado común eran mínimas. Una vez los tipos flotantes se impusieron, cualquier devaluación de la moneda de A respecto de B se transformaba automáticamente en una barrera comercial asimétrica que favorecía la entrada de mercancías en A mientras la dificultaba hacia B. Este problema, explicado en cualquier manual inicial de economía, es exactamente lo que hemos vivido en los últimos meses en el Mercosur, mercado común que ha visto como su mercado interior y su arancel exterior eran insostenibles en presencia de una devaluación del real brasileño frente a un peso argentino ligado estrechamente al dólar y, por ende, incapaz de tener una política monetaria propia. Por eso el caso de la Comunidad Europea es tan diferente ya que con todas las dificultades que se quieran, evito, hace treinta años, este fenómeno por medio del ya citado Sistema Monetario Europeo y finalmente con la moneda única, garantía absoluta para preservar la unidad de mercado. No debe olvidarse que continúan existiendo mecanismos de regulación de cambios –de las respectivas monedas con el euro– para los países de la UE fuera de la eurozona para evitar un posible efecto indeseado sobre la unión aduanera al que se acogieron Dinamarca y Portugal (este último país ahora ya en el euro) . Suecia y Inglaterra no han entrado en este mecanismo.

En otras palabras parece que casi se ha conseguido un viejo sueño: «un solo mercado y una sola moneda» título de un bien conocido estudio de la Comisión Europea, dirigido por Michael Emerson (1990)¹ solo superado como referencia esencial por el famoso Informe Delors (1989)², la apuesta definitiva por la moneda única formulada en 1989 tras años de estudios y toda la experiencia del Sistema Monetario Europeo.

Un mundo globalizado con parámetros políticos, económicos y sociales de gran dinamicidad todavía ha hecho mas aparente la necesidad de una arquitectura completa como la que ahora empezamos a disfrutar en la eurozona. Si además pensamos en los retos de la ampliación a 27 países todavía se entenderá mejor como la moneda única constituye un tema capital para los próximos años.

Ahora bien la aparente facilidad con que los ciudadanos europeos han adoptado el uso cotidiano del euro no deja de ser un fenómeno contradic-

toriamente preocupante. Por una parte el Eurobarómetro del mes de Abril de 2002 parece confirmar una transición hacia el euro realmente bien aceptada por parte de la inmensa mayoría de los ciudadanos de la eurozona

Aceptar la moneda, sin embargo, también debería significar aceptar las consecuencias últimas de una política monetaria única y que implica cosas tan elementales (pero tan difíciles de interiorizar para las personas) como la consideración que solo la inflación media de la eurozona (y no la inflación de «nuestro país»), considerada a medio plazo, explica los tipos de interés a corto plazo o que nunca más se podrá contar con devaluaciones «nacionales» o que las finanzas públicas del país están sujetas –para no ser antitéticas con la política monetaria única– a los condicionantes del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, fácil de aceptar con la cabeza fría pero posiblemente difícil de seguir cuando la coyuntura no es favorable. Incluso podríamos decir que determinadas reacciones políticas recientes en Europa juegan con los temores subconscientes que todo cambio –y la política monetaria única es uno muy importante– representa, ya sea en la realidad ya en el imaginario popular.

Parece que el compromiso político, el salto en la integración, o las nuevas obligaciones y oportunidades que comporta, no puedan medirse solamente por la aparente facilidad de cambiar de moneda fiduciaria. Todo arranca de aquellos que a mediados de los años ochenta –justo cuando España y Portugal se integraban en la CE– tuvieron la visión y el coraje de fijarse una meta que fuera como el trampolín para una nueva etapa –más elevada– de integración económica, como ahora lo es haberse fijado el reto –insuficientemente discutido y percibido– de que aquí a 24 meses seguramente estaremos en la fase de integración –obviamente con los gradualismos necesarios– de los primeros países procedentes del este de Europa aspirantes a formar parte de nuestra comunidad y que algún día, después de pasar por las necesarias etapas de convergencia macroeconómica también se integrarán en la política monetaria única.

Algunos apuntes sobre el fundamento «teórico» y el fundamento político de la Unión Monetaria

De la misma manera que en su momento se discutió la oportunidad de crear una unión aduanera a la luz de la teoría económica existente, también existe un debate sobre la idoneidad teórica de una unión monetaria como la europea.

En el primer caso la teoría se formuló en 1950 por J. Viner después que ya existiera el Benelux, y por J. E. Meade en 1956 y R. G. Lipsey en 1957, prácticamente a las puertas de la firma del Tratado de Roma.

En el caso de las llamadas «áreas monetarias óptimas» la teoría –en su acepción moderna– la formuló el canadiense Robert Mundell (Mundell 1961)³ seguido de aportaciones de Mckinon y Kenen que entre los tres forman el «corpus teórico» clásico de los primeros años de la década de los sesenta. Precisamente a Robert Mundell se le otorgó en el año 1999 el premio Nóbel de Economía por su análisis de la política monetaria y fiscal bajo diferentes tipos de cambio y por su análisis sobre las áreas monetarias óptimas. Este último análisis lo formuló, como ya se ha indicado, hace más de cuarenta años con una atractiva presentación reveladora de las inquietudes de su país de origen: suponiendo que tanto en Canadá como en Estados Unidos la región oeste se dedica a la industria de la madera y la región este se dedica a la industria automovilística ¿que sería mejor? : La existencia de un dólar canadiense (para las regiones del norte) y un dólar norteamericano (para las regiones del sur) o la existencia de un dólar para las regiones del este y otro para las del oeste (independientemente de las fronteras políticas convencionales). Eso es tanto como preguntarse cual es el área monetaria óptima para el conjunto de las regiones de los dos territorios. El lector se puede imaginar que tras esta estilización de la realidad se esconde una compleja maraña de factores a tener en cuenta para solventar la tan aparente simple cuestión: la movilidad de los factores de producción (especialmente el trabajo), las transferencias fiscales, el escoger tipos de cambio fijos o flotantes, el grado de rigidez de precios y salarios, la diversificación industrial, o el grado de apertura previa de la economía, entre otros.

¿Por qué Mundell todavía es una referencia obligada? Seguramente por la falta –durante años– de estudios empíricos que hicieran avanzar a la teoría. ¿Cuántas áreas monetarias se han constituido en el mundo en este último medio siglo que rompan los esquemas nacionales? La experiencia del euro es única y nada tiene que ver con los problemas, más conocidos en otras latitudes, de dolarización de determinadas economías que solo consisten en la adopción –asimétrica por definición– por parte de unos países generalmente en vías de desarrollo de la moneda y la política monetaria de los EEUU.

Así pues la «prueba» de la bondad de la unión monetaria de Europa solo la encontraremos en futuros análisis. Cuando en el citado estudio de M. Emerson se repasa la teoría de las áreas monetarias óptimas se concluye que pese a la utilidad de las reflexiones en ella contenidas no constituye un armazón suficientemente adecuado para analizar los costes y

beneficios de lo que ha acabado siendo nuestra unión económica y monetaria (UEM).

Seguramente, con la perspectiva que da el transcurso de un decenio, es la propia metodología de «One market, one money» la que marca un punto de inflexión –un nuevo renacer– de la teoría de las áreas monetaria óptimas al tenerse que enfrentar al caso concreto de la Comunidad Europea.

Muy recientemente Mongelli, (2002)⁴, repasando cuarenta años de literatura al respecto, señala el florecimiento en los últimos años al calor de la experiencia europea, de estudios parciales de gran interés ya sea partiendo de la unión aduanera hacia la unión monetaria ya sea al revés.

Para el caso de Europa no debe olvidarse algo que examinaremos mas adelante y que Mongelli subraya sin titubeos: el hecho de que la voluntad política (el convencimiento, en este caso, de que una moneda única despertaría en los ciudadanos un sentimiento de pertenencia a un espacio común y al mismo tiempo se reforzaran las políticas comunes) se impuso a un análisis económico estricto, hecho –apuntamos nosotros– repetidamente olvidado para quienes ven en el euro la plasmación perversa de una Europa que solo observa la lógica del mercado. Hay que advertir que, por fuerza, estos nuevos intentos de analizar las áreas monetarias han de mirar al pasado y que obviamente no pueden referirse a la actual fase de la moneda única puesto que el análisis econométrico requiere series temporales largas que solo el transcurso del tiempo –y la continuidad de la UEM– podrán proporcionar.

Mundell –todavía semi-activo entre su castillo en la Toscana y la Universidad de Columbia– se ha apuntado al carro de los norteamericanos optimistas que ven en el euro un factor de eficiencia, un modo de conseguir precios mas transparentes, una moneda de alcance mundial, y una forma de conseguir otra isla de estabilidad de precios –además de la norteamericana– en las que los inversores puedan colocar sus capitales.

Citándolo textualmente afirma que «en mi opinión no existe ningún país en el mundo que pueda perder con el advenimiento del euro» (Mundell 2002)⁵.

No todos los economistas del otro lado del Atlántico se han mostrado tan comprensivos: antes de 1999 hasta cuatro premios Nóbel (Buchanan, Becker, Friedman y Miller) se pronunciaron abiertamente en contra de la UEM con adjetivos durísimos y pronosticando el peor de los males para la moneda única. Clavera (1996)⁶.

Eso nos lleva a la última parte de esta sección: hasta que punto la voluntad política explica el modelo adoptado.

Cuando en el año 1988 el entonces Presidente de la Comisión Euro-

pea el francés Jacques Délos tomo el timón del «Comité para el estudio de la Unión económica y monetaria» –que acabaría sus trabajos produciendo lo que se conoce popularmente como el Informe Delors (1989)– no solo retomaba los trabajos del que fuera primer ministro luxemburgués Pierre Werner y responsable del Plan de 1970 que lleva su nombre –sino que ponía en marcha una verdadera concertación de voluntades políticas que culminaría en una moneda única. Aunque el Tratado de Maastricht de 1991 modificó el calendario propuesto por Delors se respetó la arquitectura básica del Informe y los países miembros de la Comunidad decidieron –con las excepciones ya sabidas– consagrar al Banco Central Europeo como autoridad monetaria única, paso de gigante en la integración económica y política del viejo continente.

Tanto los pasos previos a la instauración del propio Banco (creación del Instituto Monetario Europeo como embrión del futuro BCE) como la preparación macroeconómica de los países participantes demuestra bien a las claras que el proceso parte de la política y se plasma en el mundo económico de forma totalmente voluntarista como lo demuestra la existencia de los programas de convergencia macroeconómica basados en la estabilidad y el nivel de los tipos de cambio dentro del SME, la estabilidad y el nivel de los precios, y la contención de los déficit y la deuda pública. En este último caso fue el famoso examen de convergencia de los países aspirantes el que proporcionó el impulso para el cambio de actitud definitivo de los países. De hecho antes de 1997 muy pocos países cumplían con el Pacto de Estabilidad y Crecimiento y en cambio a partir de 1998 casi todos lo cumplen. Hay que reconocer que el hecho de haber «entregado» la política monetaria y el haber condicionado la política fiscal al mencionado Pacto demuestra una voluntad de integración que nada tiene que ver con «tendencias naturales» ni con voluntades entusiastas generalizadas de los diferentes agentes económicos, amén de la incompreensión casi hasta el último momento de las fuerzas vivas de EEUU. Fue el producto de multitud de factores prolijamente ya estudiados en los libros de historia, pero mas que nunca fue la fuerza de una generación de políticos notables que basándose en una Comisión Europea magistralmente conducida por Jacques Delors encontró en la política monetaria la piedra angular que cerraba el edificio de la integración –ya conseguida en el terreno del mercado interior– y que preparaba a Europa para enfrentarse a los retos de la globalización que en los años ochenta solo empezó a atisbarse cuando en 1981 la casa IBM lanzó el primer ordenador personal –como bautismo simbólico de la actual era digital– y cuando en 1989 cayó el muro de Berlín. Todavía no había signos evidentes del otro componente esencial: los procesos de liberalización y desre-

gulación y el «achicamiento» del Estado. Sin duda el proceso de integración económica y monetaria de los últimos quince años del siglo XX han posibilitado algo esencial: el hecho de que en el actual proceso de mundialización podamos distinguir un modelo económico y social propio de Europa pese a una participación ciudadana muy complicada en las instituciones básicas de la Comunidad Europea y pese a que la UEM encaje de forma poco ortodoxa en los manuales clásicos de la ciencia económica.

Precios, tipos de interés, tipo de cambio y procedimiento de déficit excesivo: una percepción difícil

La simplicidad del objetivo principal del BCE como pieza esencial del Sistema Europeo de Bancos Centrales y como actor protagonista de la política monetaria única es inequívoca: mantener los precios estables. Se le ha de añadir la coletilla de «y contribuir al resto de políticas económicas». Pero la misión del BCE difiere abiertamente de la del Sistema de la Reserva Federal norteamericana. Esta tiene como finalidad primordial maximizar el producto, conseguir el pleno empleo y mantener los precios estables. Cuando de forma reiterada los medios de comunicación preguntan al Presidente del BCE porque este no persigue los mismos objetivos que su contraparte de Washington D. C. la respuesta es también reiteradamente la misma: la mejor contribución al empleo y al incremento de la renta por parte del BCE es mantener los precios estables.

Así pues si no asumimos este principio es imposible entender la estrategia de política monetaria de la eurozona, como el propio BCE (2001)⁸ explica en el que podríamos denominar el mejor y más asequible manual de referencia de la política monetaria única.

Desde un punto de vista histórico alguien podría decir que se recoge así la herencia del Bundesbank que siempre consideró que para mantener la fortaleza del marco la mejor manera era blindarlo contra la pérdida de valor que representa la inflación.

El BCE persigue directamente un objetivo concreto de estabilidad mediante la denominada estrategia de los dos pilares. Mediante el primero analiza las principales variables monetarias y extrae unas conclusiones que a veces no son las mismas que las que se derivan del segundo pilar; este recoge una abanico amplio de indicadores que van desde el mercado de trabajo, al comportamiento de las bolsas o a la evolución del tipo de cambio. El hecho de combinar matices diferentes procedentes de los dos pilares refleja la complejidad de la eurozona y obliga a una reflexión – y a una discusión- que no puede ser substituida por la aplicación mecáni-

ca de un modelo econométrico, aunque sin duda este tipo de instrumento se utiliza como elemento esencial de análisis de las variables monetarias.

¿Por que esa obsesión por la estabilidad de los precios? Los economistas lo explicamos con argumentos que nos parecen contundentes: la inflación distorsiona los precios relativos, redistribuye perversamente la renta, hace pagar un precio (tipos de interés elevados) como prevención contra la pérdida de valor adquisitivo de la moneda y desanima la inversión productiva que se enfrenta a la incertidumbre de un marco de precios inestables.

El problema es determinar cuando los precios se consideran inestables. Solo una definición matemática de la cuestión parecería plenamente satisfactoria: hay estabilidad cuando el índice de precios registra un crecimiento cero. Sin embargo la experiencia demuestra que fenómenos como la introducción de nuevos productos y el juego de los precios relativos hace imposible plantearse como objetivo un crecimiento nulo. La UE ha fijado un valor de referencia del 2 % para el conjunto de la Unión considerando el valor a medio plazo.

Para conseguir este objetivo se utiliza –entre otras cosas– una variable instrumental que es representativa de la oferta monetaria (y a la que se atribuye una capacidad de «anticipar» la inflación) y que se conoce como M3 y a cuyo crecimiento se le ha asignado un valor de referencia del 4,5 % que se cree coherente con el objetivo de inflación señalado.

No es nada fácil que los ciudadanos en general entiendan como actúa el BCE cuando, como consecuencia de esta metodología, mueve el tipo de interés a corto plazo (el tipo de interés a largo plazo es plenamente de mercado). Un ciudadano español podría ver perfectamente como disminuye algo el tipo de interés del BCE –y que en definitiva marcará su posición en el mercado crediticio– mientras la inflación española repunta hacia arriba, siempre y cuando la inflación conjunta de la eurozona se mueva en dirección opuesta a la española (caso que ya se ha dado en la realidad). Así pues el consumidor europeo para actuar racionalmente respecto al coste de una hipoteca no debería fijarse en su inflación nacional como elemento básico de sus decisiones a largo plazo. De hecho el aprendizaje de la nueva situación es tan complejo que algunas campañas publicitarias de determinadas entidades financieras intentan promover un tipo de interés fijo para los créditos basándose en la exageración de la dificultad de comprensión de la política monetaria del BCE para el ciudadano de a pie.

De esta manera es esencial ver, detrás de la moneda única, el papel de la política monetaria única. Llevando el razonamiento al extremo

podríamos decir que el euro es el instrumento definitivo mediante el cual puede existir una política común de estabilidad de precios en el conjunto de la eurozona y consolidar de una vez por todo un verdadero mercado común libre de diferentes velos monetarios y de los tipos de cambio.

Precisamente estos últimos constituyen otra piedra de toque esencial para entender la nueva situación. La proyección internacional del euro es innegable por muchas razones. Hay una esencial: si combinamos la producción de riqueza con el comercio internacional nos encontraremos con una situación muy equilibrada entre Estados Unidos y la Eurozona (con ventaja comercial para la UE y con ventaja respecto a la renta para EEUU) y relativamente lejos (excepto para la renta per. cápita) de Japón que pasa a un segundo plano.

Si atendemos a la relación euro –dólar desde el comienzo de la UEM– es verdad que se ha producido una depreciación continua del euro pasando de 1,17 dólares en Enero de 1999 a 0,83 dólares en Octubre del 2000 para finalmente oscilar en los actuales 0,9 dólares con tendencia al alza. Aquí también la simplificación del análisis vulgar impide ver el nuevo juego introducido por la política monetaria única.

Si se le pregunta a un ciudadano de la eurozona por la fortaleza del euro es posible que la mayoría de las respuestas pasen por su comparación con el dólar. Un ciudadano de EEUU ha estado tradicionalmente muy alejado de los avatares del dólar respecto a otras monedas pese a que casi todos los manuales de economía señalen al greenback como una de las divisas mas inestables del planeta.

Con un mercado interior mayor que el norteamericano y con una sola moneda –para la eurozona– no podemos analizar los mercados de cambio como a finales del siglo XX. El comercio intracomunitario representa mas del setenta por ciento del comercio de la UE y el grado de apertura medido por la relación entre importaciones de bienes y servicios y el PIB se mueve en valores similares a los de los EEUU (un 18,7 %) mientras que si lo medimos por las exportaciones la eurozona con un 19,1 % casi dobla a EEUU.

Esto significa que, alejados de la anécdota de las cuitas del turista de la UE en el Nuevo Mundo, Europa ha visto crecer sus exportaciones de forma considerable mientras que EEUU ha aumentado todavía mas su importantísimo déficit exterior y mientras la actual Administración del Presidente Bush ha levantado barreras proteccionistas para productos del acero e indirectamente ha perjudicado la agricultura de terceros países al haber doblado las ayudas estatales a la agricultura.

Para decirlo brutalmente no es que el euro «pierda valor» lo que sucede que el dólar esta sobreapreciado por fenómenos muy ligados al pa-

pel hegemónico de Estados Unidos en el terreno político y militar y por las inmensas expectativas de crecimiento que se materializaron en una burbuja tecnológica que Greenspan, un 4 de Diciembre de 1996, calificó en frase harto conocida como «exhuberancia irracional» y que ahora ha sufrido una fuerte corrección.

La actual relación dólar/euro no es el precio de equilibrio de lo que sucede en los mercados financieros internacionales en donde las emisiones de bonos en euros han superado –en los últimos años– a las norteamericanas. No sucede lo mismo con la emisión de acciones por lo señalado anteriormente.

Mientras, el perfecto despliegue –procesos de convergencia incluidos– del BCE y de la moneda única no fue valorado suficientemente por los inversores internacionales.

Estos argumentos parecen mas sólidos que aquellos que se basan en repetir machaconamente que Europa paga la ausencia de reformas estructurales y la falta de liderazgo político. Cuando, “a sensu contrario”, se produzca una depreciación del dólar – hecho que se puede materializar en cualquier momento- ¿significara ello que por fin hemos realizado las tan mencionadas reformas y logrado el tan deseado liderazgo mundial? Podemos, así, calibrar la endeblez de unos argumentos que reflejando una situación real no guardan una relación estricta de causalidad con lo que sucede en los mercados de cambios y en los mercados financieros. El ya mas que evidente papel internacional del euro potenciado por la ampliación y por el posible ingreso de los tres países de la UE aun fuera de la eurozona, no ha hecho mas que empezar y puede representar un paso de gigante hacia un mundo multipolar mas estable y alejado de las consecuencias negativas de tener una sola moneda de referencia – el dólar- cuya política monetaria responde exclusivamente a las necesidades de la sociedad norteamericana. Este último aspecto se podría predicar igualmente para el euro. Pero la existencia de dos monedas de referencia representa una posibilidad de alternativa extremadamente interesante en este mundo cada vez más globalizado.

La existencia del euro como divisa de reserva, como divisa vehicular, y como «ancla» o moneda de referencia para mas de cincuenta países aun antes de su encarnación material en 2002 demuestran bien a las claras el vuelco inmenso que han sufrido los mercados financieros y cambiarios internacionales (BCE 2001)⁸.

Nos queda un tema en extremo polémico y que por otra parte centrará buena parte de las energías políticas y técnicas en los próximos años: las finanzas públicas en la UEM. A nivel internacional también es un asunto que ha centrado buena parte de los cambios inducidos por la globali-

zación y por el «achicamiento» del Estado al que nos referíamos líneas mas arriba. No se entendería el afán del Presidente Clinton en alcanzar el déficit cero sin tener en cuenta las nuevas formas de ver las relaciones económicas entre generaciones, los procesos de desregulación y el «mot d'ordre» universal de la rebaja de impuestos en las economías desarrolladas, todo ello favorecido por una coyuntura que ya llegó a su fin.

Nos hemos de preguntar si detrás del Pacto de Estabilidad y Crecimiento o el Reglamento 1466/97 sobre procedimiento concreto de tratar los déficit excesivos se encuentran las mismas razones de «contener» el déficit publico que las señaladas para EEUU.

En el caso de la Unión Europea y mas concretamente de la eurozona pensamos que son una necesidad absoluta para poder garantizar la efectividad de la política monetaria única que – por razones obvias – no podría digerir unas finanzas publicas nacionales que trastocaran con sus déficit el control de los precios y arruinaran la efectividad de los instrumentos de la política monetaria del BCE.

De hecho la relación entre la política monetaria única y una fiscalidad en manos de los diferentes estados ha sido visto como el talón de Aquiles de la UE. Begg (1998). De manera harto esencial podríamos decir que quienes opinan de forma muy pesimista sobre nuestro futuro vienen a decir que en presencia de una UEM y en ausencia de una fiscalidad única y con unas transferencias fiscales actuales ridículas (en comparación, por ejemplo, con lo que ocurre a nivel federal en los EEUU) debido al escaso nivel de comunitarización de las diferentes políticas económicas y sociales, se producirían asimetrías intolerables entre estados ya que la sola política fiscal sometida al pacto de estabilidad no podría estabilizar a ninguna economía sometida a una fuerte crisis.

A partir de aquí se puede colegir la preocupante actitud de muchos gobiernos europeos que, sin pensar a fondo las ultimas consecuencias de la política monetaria única, continúan diseñando políticas fiscales que responden mejor a la coyuntura política que a las necesidades de una mayor coherencia a escala de la UE entre las dos principales políticas económicas –la monetaria y la fiscal– y que ya no se pueden combinar (policy mix) en la UEM como se hizo durante decenios en el siglo XX en el marco de los respectivos estados.

Tampoco esta situación se debe confundir con aquellos que empiezan la casa por el tejado, es decir, aquellos que se quejan constantemente del volumen ridículo del presupuesto comunitario (1,27 % del PIB de la UE como máximo) ya que este es una consecuencia de la distribución de funciones entre estados y UE «simili modo» que en España se discute el vo-

lumen respectivo de los presupuestos centrales, autonómicos y locales. Hablemos primero sobre que políticas deben comunitarizarse y después sabremos que recursos deben tener cada uno de los niveles señalados.

En todo caso la insistente apelación a la reducción de impuestos como razón suprema de atracción electoral en Europa (cosa que ocurre igual en EEUU) prepara muy mal el camino para un nuevo salto en la integración, ahora en presencia de nuevos socios “al otro lado de la puerta”.

El eurogrupo, la Comisión Europea y la coordinación de la política económica

Una de las contradicciones de la moneda única es que siendo la política monetaria uno de los logros mas espectaculares en cambio no puede «comunitarizarse» por la sencilla razón que hay tres países que no participan (UK y Dinamarca porque el Tratado de Maastricht los exceptuó y Suecia porque aun no ha querido incorporarse). Plásticamente ese fenómeno se plasma en el Eurogrupo es decir los 12 ministros de la eurozona del Consejo de Economía y Finanzas (ECOFIN) reunidos de manera informal, ya que el «eurogrupo» como tal no existe desde el punto de vista de los Tratados. Es interesante saber que el Presidente del BCE acude regularmente a dichas reuniones y en cambio, obviamente, no sucede lo contrario para, de este modo, no atentar contra la independencia de la autoridad monetaria.

Eso no lleva directamente al tema de la coordinación de la política económica (y a saber el grado real de independencia de la política monetaria) y al papel de cada una de las instituciones europeas especialmente el Consejo, la Comisión y el BCE, mientras el Parlamento, en materia monetaria, se encuentra en otro plano ejerciendo exclusivamente tareas de control mediante, por ejemplo, las comparencias periódicas del Presidente del BCE.

La Comisión Europea es la encargada de trazar las grandes orientaciones de la política económica previendo la evolución económica a nivel general y de cada uno de los países y señalando ciertas prioridades y recomendaciones que son finalmente sancionadas por el ECOFIN.

Por otra parte la Comisión y el BCE elaboran sendos Informes de Convergencia para aquellos países (de momento tres pero debemos pensar en la ampliación) que aun no están en la zona euro, siempre y cuando lo deseen. UK y Dinamarca no han pedido todavía que se les examine ya que de momento no optan por el euro. Suecia ha sido examinada recientemente.

La Comisión prepara, además, un informe anual sobre la finanzas públicas que sirve de análisis fundamental para las políticas fiscales de los estados miembros que por otra parte también se analizan en el ECOFIN y en el ya citado Eurogrupo. La buena coordinación entre política monetaria y fiscal es esencial para el correcto funcionamiento de la UEM. Pero esta coordinación puede verse de muchas maneras. ¿Qué nivel alcanza? ¿Hasta que punto las políticas fiscales de los estados miembros se «adaptan» a la política del BCE que a su vez ha de perseguir la estabilidad de los precios? ¿Hasta que punto la teórica independencia del BCE en la persecución de sus objetivos no se ve influida mas allá del control puro de la inflación por los factores (crecimiento y empleo) que mas inquietan teóricamente a los ministros de Economía y Finanzas?

En unas recientes declaraciones el Presidente del BCE Win Duisenberg «veía con preocupación» a los que piden mas «policy mix» afirmando que «ello solo conduciría a minar la independencia garantizada al BCE en la persecución de sus objetivos» (Duisenberg 2002)⁹.

La Comisión Europea en su aportación a la Convención sobre el futuro de la UE pide «que se refuerce la coordinación de las políticas económicas y que se garantice una representación exterior unitaria de la zona del euro» (Comisión UE 2002)¹⁰.

Precisamente el proceso de convención abierto sobre el futuro de la UE puede contrabalancear la tendencia natural a no aceptar los cambios. Nos hemos despertado al siglo XXI con una nueva moneda para millones de ciudadanos europeos pero tras el signo monetario subyace el paso realmente importante: el haber aceptado la política monetaria única como un paso decisivo hacia una mayor integración económica. Sin nuevos avances en la integración política y en la renovación de las instituciones parecería poco probable mantener un modelo económico y social propio de Europa y menos aun en puertas de una ampliación inminente.

Notas

¹ El autor quiere agradecer a Elena Flores los comentarios del primer redactado del artículo. Las afirmaciones que contiene este artículo son responsabilidad exclusiva del autor.

² MICHAEL EMERSON (1990): One Market One Money: An Evaluation of the Potential Benefits and Costs of Forming an Economic and Monetary Union. *European Economy número 44*, Octubre 1990.

³ Informe DELORS (1989): *Report on Economic and Monetary Union in the European Community*. Committee for the Study of Economic and Monetary Union, Consejo Europeo. 1989.

⁴ MUNDELL, ROBERT (1961): «A Theory of Optimum Currency Areas», *American Economic Review* 51: 657-665.

⁵ MONGELLI (2002):FRANCESCO, New views on the optimum currency area theory: what is EMU telling us?, April 2002, (ECB Working Paper No. 138).

⁶ MUNDI (2002): *Colombia News*, 25 de Enero de 2002.

⁷ CLAVERA (1996): Joan. Diez años en el camino de la integración monetaria. *Revista d' Afers Internacionals*. N° 35.

⁸ BCE (2001a): *La política monetaria del BCE*. BCE (versión en español del Banco de España disponible en <http://www.bde.es>).

⁹ BCE (2001b): *Review of the international role of the euro*, September 2001.

¹⁰ DUISENBERG (2002): «Challenges to the ECB's monetary policy» ECB sp020516.

¹¹ (Comisión UE 2002) Comunicación De La Comisión: Un Proyecto Para La Unión Europea. COM(2002) 247 final.

Referencias electrónicas principales:

Banco Central Europeo: www.bce.int.

Banco de España: (y traducciones del BCE): www.bde.es

Dirección de Economía y Finanzas (Comisión Europea): europa.eu.int/comm/economy_finance/index_en.htm

ECOFIN: ue.eu.int/es/info/index.htm